

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Las elecciones de 1968 y la “cuestión obrera” en los Estados Unidos.

Abarca, María Graciela.

Cita:

Abarca, María Graciela. (2007). *Las elecciones de 1968 y la “cuestión obrera” en los Estados Unidos. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/873>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Título: “Las elecciones de 1968 y la “cuestión obrera” en los Estados Unidos”
Mesa Temática Abierta: Mesa nro. 96. Pensar los Estados Unidos desde una perspectiva sudamericana
Autora: María Graciela Abarca

La campaña presidencial de 1968 fue una instancia fundamental a la hora de llevar las preocupaciones de la clase obrera al centro del debate público. Al comienzo de su campaña, George Wallace había logrado el apoyo a su causa por parte de una gran cantidad de miembros de sindicatos, hecho que sorprendió a muchos estadounidenses. Así, la prensa rotuló a los trabajadores sindicalizados de “snobs”, “fanáticos”, “reaccionarios” y con frecuencia se referían a ellos como miembros de la clase media próspera. Eran supuestamente “prósperos” y tenían un solo objetivo: defender sus logros económicos tan arduamente ganados. Cuando George Wallace exclamó ante un grupo de trabajadores: “No dejen que ellos se lo quiten”, ese “ellos” aludía a los afroamericanos, la minoría pobre que, debido a la drástica legislación social característica de la gestión de Johnson, ahora supuestamente ponía en peligro el estándar de vida y la seguridad económica de los trabajadores blancos. Sin lugar a dudas, el trabajador medio estaba preocupado por la estabilidad en su trabajo, sus ingresos y sus obligaciones y muchas veces se sentía ignorado por el gobierno y tanto Nixon como Wallace le recordaban que había sido “olvidado”. Si bien la mayoría de los seguidores de Wallace de la primera hora se inclinaron por Hubert Humphrey antes de las elecciones de noviembre, el descontento de los trabajadores trajo consigo una oleada de estudios sobre la clase obrera durante el periodo que siguió a las elecciones. Periodistas, intelectuales y activistas pertenecientes a todo el espectro político intentaron dilucidar los problemas económicos y sociales de la clase trabajadora.

Los analistas que lidiaron con los datos de las elecciones de 1968 encontraron una serie de explicaciones para el aparente giro hacia la derecha que había tomado la política estadounidense. Durante la campaña presidencial, los trabajadores industriales fueron “redescubiertos” como un segmento inestable de la sociedad cuyo voto podía ser fundamental para determinar quién sería el próximo presidente de los EE.UU. Los trabajadores podían apoyar a un populista conservador como Wallace o seguir el consejo de sus sindicatos y convertir una aplastante victoria anticipada de Nixon en una elección reñida. Los conservadores consideraban que los trabajadores “prósperos” eran los miembros potenciales de una nueva mayoría republicana. Los demócratas –el ala conservadora y el ala *liberal*- analizaron la derrota electoral protagonizada por su partido y propusieron formas nuevas de revivir la desmembrada coalición del *New Deal*. Finalmente, la nueva izquierda mostró un interés renovado en los afiliados a quienes veía como potenciales

agentes de cambio social. A medida que la década de 1960 llegaba a su fin, el trabajador industrial se posicionó en el centro de un constante debate político e intelectual.

En *The Emerging Republican Majority* (1969), Kevin Phillips, un ex asesor de campaña de Nixon, sostuvo que grandes segmentos de la clase trabajadora y clase media blanca habían reaccionado agresivamente a las políticas de la Gran Sociedad de Johnson. Las cuestiones raciales –la acción afirmativa, el transporte escolar, la integración residencial en los barrios y las preferencias raciales en la selección de personal y en los puestos gubernamentales- junto con una reacción adversa a los movimientos en contra de la guerra, la permisividad cultural y el delito creciente habían fracturado la coalición del *New Deal*. Phillips argüía que los votos se estaban desplazando del bastión demócrata del nordeste a los estados del Sur y del Suroeste de los EE.UU.; con lo cual los estados de mayor crecimiento como California, Arizona, Texas y Florida cumplirían un papel fundamental en las elecciones futuras. Según Phillips, en este nuevo ciclo político estadounidense, los republicanos conservadores populistas reemplazarían a la afianzada elite democrática y *liberal*.¹

Phillips afirmaba que “el gran alcance de la agitación política de 1968 se basaba en la oportunidad de los republicanos de crear una mayoría entre el cincuenta y siete por ciento del electorado estadounidense que votaba para expulsar a los demócratas del poder nacional”.² Phillips consideraba que Nixon logró marcar el comienzo de un giro político hacia la derecha en 1968, debido a los modestos logros alcanzados en Indochina en el plano *liberal* y democrático, en la economía local, en la seguridad social y en el cumplimiento de las leyes. También reconoció que la elección presidencial de ese año había sido muy reñida, “a medida que los otrora disidentes *liberal* se unieron a Humphrey y los líderes sindicales demócratas obligaron a los afiliados que apoyaban a Wallace a ser fieles a su partido”.³ En resumen, el apoyo de los obreros industriales y de los blancos pobres con que contaba Wallace era muy inestable. La mayoría de los votantes de la clase trabajadora se mantuvo leal al candidato demócrata, dado que temían que un presidente republicano pudiese poner en peligro la seguridad social, la asistencia sanitaria y los convenios colectivos⁴ que ya tenían vigencia.

En el libro *The Real Majority* (1970), Richard M. Scammon y Ben J. Wattenberg le ofrecieron una respuesta demócrata al libro de Phillips. Estos analistas sostenían que el “votante medio” ya no se preocupaba por cuestiones económicas tales como el desempleo, los derechos sindicales o las propuestas de programas extensivos de asistencia social; tales inquietudes habían sido sustituidas por “la cuestión social”. Según Scammon y Wattenberg, los estadounidenses

¹ Kevin P. Phillips, *The Emerging Republican Majority*, New Rochelle, Nueva York, Arlington House, 1969, pág. 474.

² *Ibidem*, pág. 461.

³ *Ibidem*, pág. 35.

⁴ *Ibidem*, pág. 464.

estaban “comenzando a alinearse en torno a ejes de ciertas situaciones sociales”. Estas situaciones se convirtieron en cuestiones políticas poderosas puesto que la mayoría de los votantes de los EE.UU. eran “de edad media, de clase media y de mentalidad media”.⁵ La “cuestión social”, término acuñado por los autores, se relacionaba con el creciente temor del electorado ante el incremento del delito, la militancia racial, los desmanes en las universidades, el consumo de drogas y la aparente declinación de los valores morales.

Había más similitudes que discrepancias entre la obra de Phillips, *The Emerging Republican Majority* y la de Scammon y Wattenberg, *The Real Majority*. Sin embargo, el análisis de Phillips era mucho más determinista que el de Scammon y Wattenberg que pensaban que el realineamiento político todavía no se había completado y que los demócratas no habían perdido todo. Los autores de *The Real Majority* sostenían que el partido demócrata podía ganar la lealtad del “norteamericano medio” participando en las cuestiones de orden público y evitando tomar medidas que agravaran el conflicto racial. Decían Scammon y Wattenberg: el “votante medio es un ama de casa de cuarenta y siete años, de las afueras de Dayton, Ohio, y cuyo marido es un operario”. Este “norteamericano medio” tenía miedo de caminar solo por la calle durante la noche, tenía opiniones encontradas sobre los negros y los derechos civiles y estaba sumamente afligido porque se había encontrado LSD en la universidad a la que asistía su hijo.⁶ Así, las familias obreras se parecían a las de “clase media” para quienes la cuestión social había eclipsado los problemas económicos.

De la misma manera, la prensa dominante reafirmó el status de “clase media” del trabajador estadounidense. Un titular del diario *The New York Times* del 1º de septiembre de 1969 rezaba: “Día del Trabajo 1969: prosperidad y calma” y aparecía la fotografía de “un río de autos de obreros” saliendo de una planta automotriz en Flint, Michigan. La ciudad que en los años 1930 fuera el epítome de la fuerza y de la militancia sindical se había convertido en un lugar displicente y de “clase media”. No había desfiles por el Día del Trabajo ni discursos ya que los trabajadores preferían pasar el fin de semana “jugando al golf o recreándose en complejos cerca del lago o en los bosques frescos del norte”. Los trabajadores más jóvenes no se interesaban por el sindicato porque ya gozaban de los beneficios que querían. El problema fundamental ya no era la remuneración ni el sindicato sino “las cuotas, las escuelas en las afueras y la seguridad del vecindario”.⁷

Algunas revistas importantes reforzaron la idea de que los trabajadores estadounidenses pertenecían a la “clase media”, eran “generosos” y “optimistas”. La revista *Newsweek* publicó un informe especial titulado “El norteamericano preocupado” que ponía la lupa sobre la “clase media

⁵ Richard M. Scammon y Ben J. Wattenberg, *The Real Majority*, Nueva York, Croward, McCann & Georhegan, Inc., 1970, págs. 20-21.

⁶ *Ibidem*, pág. 70.

⁷ *New York Times*, 1 de septiembre de 1969, págs. 1, 8.

blanca mayoritaria” que incluía a los empleados y los obreros industriales. Los periodistas de esta revista argüían que en una atmósfera de tensión racial, los blancos de clase media sentían que eran tratados de manera injusta y por lo tanto estaban cada vez más dispuestos a mostrar abiertamente sus prejuicios y su hostilidad hacia los negros.⁸ Según *Newsweek*, el norteamericano medio estaba preocupado por la suba de los impuestos y por la inflación, sin embargo, estos no eran los problemas más apremiantes. Por sobre todas las cosas, el artículo afirmaba que estos ciudadanos valoraban “el orden” y querían que “todos se tranquilicen y que dejen de amenazar con acabar con todo aquello que les había costado tanto trabajo construir y preservar”. A la clase media le molestaba que los pobres entraran en los programas de asistencia social y que los ricos no pagaran los impuestos.⁹ “El norteamericano preocupado” de *Newsweek* era el “norteamericano olvidado” de Nixon, su “gran mayoría silenciosa”. El norteamericano medio era también el “pequeño hombre” de George Wallace y Spiro Agnew y para la mayoría de los analistas políticos el norteamericano medio era simplemente “el norteamericano que reacciona”.

El periodista Richard Lemon amplió el artículo de *Newsweek* en un libro: *The Troubled American*, un libro cuyas conclusiones se basaban en 2.165 entrevistas realizadas a personas blancas adultas por la organización Gallup. El autor admitió que los norteamericanos medios no constituían un “grupo monolítico” dado que estaban divididos según los ingresos, la edad, la ocupación, la educación y el origen étnico.¹⁰ Sin embargo, el centro del análisis de Lemon reside en el inquietante hecho de que “la gran clase media norteamericana”, que constituía la columna vertebral del país, ahora era definida como “alienada”, “asustada”, “preocupada”, “desamparada”, “enojada”, “resentida” y “confundida”.¹¹ Según este autor, al hacer un llamamiento a la “mayoría silenciosa”, Nixon en apariencia había asegurado que los conflictos que se habían desatado en esa década se habían exagerado: “Él buscaría a estos olvidados, hombres y mujeres disciplinados y las riñas del pasado quedarían vistas desde otra perspectiva porque la gente ya estaba harta”.¹² El estudio de Lemon intentó probar justamente lo contrario: la mayoría silenciosa *no* estaba satisfecha.

Del mismo modo, en *The Middle Americans: Proud and Uncertain* (1971), el psiquiatra graduado en Harvard Robert Coles se propuso identificar las actitudes políticas y culturales comunes de los “norteamericanos olvidados”. Coles ofreció una reivindicación de la “mayoría silenciosa” basándose en las entrevistas que realizó a un puñado de trabajadores: un montador de calderas, un policía, un operario de gasolinera, un maquinista, un bombero, un soldador, un

⁸ “The Troubled American: A Special Report on the White Majority”, *Newsweek*, 6 de octubre de 1969, pág. 29.

⁹ *Ibidem*, pág. 49.

¹⁰ Richard Lemon, *The Troubled American*, Nueva York, A Clarion Book publicado por Simon & Schuster, 1969, págs. 24-25.

¹¹ *Ibidem*, pág. 19.

¹² *Ibidem*.

farmacéutico y un empleado de banco de crédito. El norteamericano medio que Cole entrevistó demostró distintos grados de hostilidad hacia los negros, los hippies y los intelectuales. Ellos necesitaban creer que había justificativos para que EE.UU. se involucrara en la guerra de Vietnam y temían endeudarse. A pesar de algunos aspectos sombríos que presentaba el libro, la revista *Time* consideró que la descripción de Cole era “alentadora”: “los norteamericanos medios todavía poseían una sabiduría (o una virtud) que ahora parecía poco común... Ellos creían en la reticencia, especialmente cuando se trataba de sus vidas privadas”. El estudio insinuaba que el norteamericano medio casi nunca estaba dispuesto a tratar cuestiones personales. Como conclusión, Cole destaca las palabras de una mujer encuestada: “Las cosas me salen peor cuando hablo acerca de ellas; y parezco más solitaria”.¹³ En un tiempo de guetos incendiados, en que eran cada vez más frecuentes las manifestaciones antibélicas y de universidades en las que reinaba un ambiente explosivo, la mayoría de los analistas valoraban la supuesta “reticencia” del norteamericano medio.¹⁴

Al denominar a los trabajadores blancos como “norteamericanos medios”, los sociólogos, los analistas políticos y los periodistas por igual reforzaban la visión de los EE.UU. como una nación de clase media. Estudios de auto-clasificación demostraron que una mayoría de trabajadores *no* utilizaban el término “clase trabajadora” para describir la posición que ocupaban en la sociedad. Si se les pedía que se posicionaran en una escala de clase alta, media o baja, una inmensa mayoría se autodenominaba de “clase media”. Sin embargo, en una escala compuesta por cinco clases en la que la clase trabajadora estaba posicionada entre los pobres y la clase media, la mayoría se identificó como de clase trabajadora. La “clase media”, entonces, no describió necesariamente a una mayoría de individuos prósperos y con cierta estabilidad sino simplemente a una clase social que se posicionaba entre los ricos y los pobres. El uso de términos tales como “clase media” o “norteamericano medio” para describir a los empleados y a los obreros industriales era engañoso en el sentido en que se transfería a una amplia disparidad de estilos de vida.¹⁵

No hay duda de que la clase obrera norteamericana no encajaba en la estructura de clase del modelo marxista como grupos antagónicos organizados y movilizadas para la lucha debido al choque de intereses económicos. Los sociólogos estadounidenses, por su parte, se inclinaban por una definición no económica de clases sociales como “conglomerados de personas o de familias con valores y comportamientos distintos y que formaban un orden social según los niveles de status”. Por lo tanto, las clases sociales con frecuencia se presentaban como “subculturas en

¹³ Robert Coles, *The Middle American: Proud and Uncertain*, Boston y Toronto, Little Brown & Company, 1971, pág. 180.

¹⁴ “Kitchen Matches in the Dark”, *Time*, 28 de junio de 1971, pág. 78.

¹⁵ Michael Harrington, “Old Working Class, New Working Class”, e Irving Howe (comp.), *The World of the Blue-Collar Worker*, Nueva York, Quadrangle Books, A New York Times Company, 1972, pág. 142; Richard Parker, *The Myth of the Middle Class*, Nueva York, Liveright, 1972, pág. xx.

diferentes rangos”.¹⁶ Richard Lemon, en su obra *The Troubled American* se ajusta a esta definición de clases, ya que pone el énfasis en los valores y en el comportamiento.

Trabajos como *The Emerging Republican Majority* de Kevin Phillips, *The Real Majority* de Scammon y Wattenberg, *The Troubled American* de Lemon o *The Middle Americans* de Cole hacían hincapié en la existencia de una “mayoría silenciosa” norteamericana, así como también en la validez de una concepción de clase social en términos no económicos. Esta percepción llevó a los analistas a subestimar el papel que jugaban las desigualdades económicas a la hora de determinar las aspiraciones y las opiniones de la clase trabajadora. De hecho, tal como afirma el sociólogo Dennis Wrong, “las clases son grupos en los que las aspiraciones de sus miembros, las oportunidades, las creencias y los estilos de vida –lejos de reflejar una cultura o subcultura auto sustentable- están básicamente determinados por la posición de mercado en la economía nacional y [...] por sus diferentes “oportunidades en la vida” en el mercado de productos, de crédito y en el laboral”.¹⁷ La frase “norteamericano medio” reducía a un vasto grupo de estadounidenses a un prolijo e inferior denominador común de status y preocupaciones. La clasificación pasaba por alto las variaciones en la naturaleza del trabajo de los obreros industriales. En 1969, la mano de obra no agrícola en los EE.UU. ascendía a 77.902 millones; de todos ellos, 48.993 millones de estadounidenses se dedicaban a la producción y a empleos sin supervisión.¹⁸ La “antigua” clase obrera, que originariamente estaba conformada por obreros industriales y que llevaba a cabo tareas físicas dentro de la economía industrial del país, era una fuerza de gran peso en el escenario político de los EE.UU. de finales de la década de 1960.

A medida que los analistas conservadores y *liberal* criticaban a los trabajadores por su condición de “norteamericano medio”, los miembros de la nueva izquierda descubrían cada vez más el potencial revolucionario de los trabajadores. Esto fue un giro sorprendente. Desde la convención de 1962 en el campamento de Port Huron, Michigan, los Estudiantes para una Sociedad Democrática (SDS, *Students for a Democratic Society*)--en aquel momento el departamento de alumnos de la Liga para la Democracia Industrial- tenía una relación tormentosa con la izquierda social demócrata y la coalición obrero-*liberal*. Tom Hyden, un estudiante de veintidós años y periodista en ascenso del diario de la Universidad de Michigan, presentó en aquella ocasión un manifiesto que intentaba resumir la postura de los nuevos estudiantes radicales. Durante la Convención, el documento exacerbó las diferencias políticas entre los estudiantes de los dos campos izquierdistas, uno liderado por el presidente de los SDS, Al Haber, Tom Hyden, Steve Max y sus seguidores y el otro, por los socialistas de Nueva York: Rachele Horowitz, Tom Kahn y

¹⁶ Dennis H. Wong, “How Important is Social Class?” en Irving Howe (comp.), *The World of The Blue Collar Worker*, pág. 303.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ Harrington, “Old Working Class, New Working Class”, pág. 137.

Richard Roman, cuyo mentor fue Michael Harrington, un líder de la Liga de Estudiantes para la Democracia Industrial (SLID, *League for Industrial Democracy*).

Aquellos estudiantes radicales que seguían el ejemplo de Hayden creían que el problema principal de la sociedad norteamericana radicaba en las evidentes contradicciones entre los ideales democráticos de los estadounidenses y su experiencia nacional. Hayden propuso salvar la brecha entre la teoría y la práctica fomentando la “democracia participativa”, un sistema político a través del cual la gente controlaba mejor su propia vida. Tal como lo había expresado el historiador Allen Matusow: “la democracia participativa” era “obviamente similar al sueño anarquista de hombres y mujeres esencialmente buenos, libres de las instituciones jerárquicas y viviendo en comunidades descentralizadas en las que el individuo era importante”¹⁹. De acuerdo con la declaración de Port Huron, uno de los documentos de corte radical más leídos en la historia de los EE.UU., los estudiantes serían los agentes de cambio social.

Las generaciones anteriores de estudiantes tenían más fe en la sindicalización. Los antiguos izquierdistas de la SLID tales como Michael Harrington e Irving Howe eran leales a las ideas de Max Shachtman, el otrora bolchevique y secretario de León Trotsky que se separó de su mentor en 1939 para producir su propio análisis del estalinismo. Shachtman rechazó la idea de Trotsky de que la burocracia estalinista era como una casta degenerada que gobernaba temporalmente en nombre del proletariado. Según Shachtman, los burócratas de Stalin conformaban una camarilla totalitaria, nueva y permanente. Para el momento en que se reunieron los estudiantes radicales en Port Huron, los seguidores de Shachtman habían abandonado su retórica revolucionaria, se adhirieron al Partido Socialista y descartaron la posibilidad de crear una versión estadounidense del Partido Laborista. Los seguidores de Shachtman tenían esperanzas de avanzar con sus ideales *liberal* dentro del sistema de dos partidos: el objetivo era convertir al Partido Demócrata en una coalición de *liberals* de izquierda y de socialistas. El movimiento obrero jugaría un papel fundamental en tal realineamiento político.²⁰

Harrington se oponía vehementemente al borrador de la Declaración de Port Huron. El conflicto encarnaba las diferencias entre los seguidores de Shachtman y la nueva izquierda que acababa de nacer. Todd Gitlin analiza el nacimiento de la nueva izquierda y dice: “Harrington fue una figura fundamental, dado que él fue la única persona que podría haber mediado a lo largo de las divisiones generacionales”.²¹ Sin embargo, el veterano shachtmanita juzgó el manifiesto de los nuevos radicales más duramente de lo que los estudiantes habían esperado. Fueron dos cuestiones las que comenzaron la escisión entre los izquierdistas de la vieja guardia y los nuevos: el rechazo

¹⁹ Allen J. Matusow, *The Unraveling of America: A History of Liberalism in the 1960s*, New York, Harper & Row, Publishers Inc., 1984, pág. 313.

²⁰ James Miller, *Democracy is in the Streets: From Port Huron to the Siege of Chicago*, Nueva York, Simon & Schuster, Inc., 1987, págs. 74-75.

²¹ Todd Gitlin, *The Sixties: Years of Hope, Days of Rage*, Nueva York, Bantam Books, 1978, pág. 117.

de los activistas jóvenes al anticomunismo y el hecho de que no tenían en cuenta a los trabajadores y a los sindicatos que los congregaba como agentes de cambio social.

El anticomunismo era una característica distintiva de los *liberals* de la posguerra y de la identidad de los social-demócratas. Según los nuevos izquierdistas “un anticomunismo irracional se [había] convertido en el problema social fundamental de aquellos que quieren [querían] construir una Norteamérica más democrática”. Para los fundadores de los SDS, el comunismo no era monolítico y la Unión Soviética no representaba una amenaza militar para los EE.UU. Más aún, la retórica de la Guerra Fría sólo dañaba la vida política de los estadounidenses a medida que “las demandas de ‘unión’ e ‘identidad’ ante el peligro declarado” restringían cualquier tipo de debate. Para Harrington y para todos aquellos activistas políticos que recordaban vívidamente los crímenes cometidos por Stalin y la Revolución en Hungría, los teóricos de los SDS eran simplemente “indulgentes” con el comunismo.²²

La segunda cuestión que dividía la vieja izquierda de la nueva era la evaluación que hacían los nuevos radicales acerca del movimiento sindical. La declaración de Port Huron desdeñaba el sindicalismo, “el representante institucional histórico de los explotados, el *supuesto* (mi énfasis) “poder compensatorio” en contra de los excesos de las grandes corporaciones”.²³ Los sindicatos industriales estaban pasando por un momento de crisis muy grave, según los SDS: la automatización estaba reemplazando el trabajo que hacían los obreros industriales, no se afiliaba a los que no pertenecían a ningún sindicato y los líderes eran cada vez más burócratas, materialistas y anteponían sus intereses personales a su función. Los afiliados no eran muy diferentes: la mayoría eran “sindicalistas indiferentes, que no se interesaban por las reuniones, alejados de las complejidades del aparato de negociaciones que manejaba el sindicato, confiados en el confort que les daba la posibilidad de acceder a los lujos y a la oportunidad de celebrar contratos a largo plazo”.²⁴ En 1962, los radicales jóvenes que adhirieron a la declaración de Port Huron compartían la opinión dominante de que el sindicalismo era económicamente próspero y políticamente conservador.

Desde el borrador de su documento fundamental en 1962 hasta el colapso de la organización en el verano de 1969, los líderes de los SDS estaban obsesionados con el debate sobre quiénes serían los agentes del cambio social. A pesar de las buenas intenciones, a los estudiantes les resultaba cada vez más difícil formular una ideología definitiva. ¿Quién lideraría una revolución que ellos consideraban era necesaria para crear una sociedad estadounidense verdaderamente democrática? ¿Los estudiantes universitarios solos, tal como daba a entender la declaración de Port Huron? ¿Los pobres que vivían en los barrios bajos de las ciudades norteamericanas? ¿La “colonia

²² *The Port Huron Statement*, apéndice en James Miller's *Democracy is in the Streets*, pág. 350.

²³ *Ibidem*, pág. 343.

²⁴ *Ibidem*, pág. 344.

interna” de los negros oprimidos? ¿Los campesinos del Tercer Mundo? ¿La “nueva clase trabajadora” compuesta de profesionales remunerados y de empleados técnicos altamente calificados? Durante su corta historia, los SDS adoptaron estrategias que apuntaban a promover cada uno de estos grupos como la vanguardia del cambio político.

En sus comienzos, los SDS hallaron en el trabajo del filósofo alemán Herbert Marcuse un fundamento ideológico en el cual fundamentar su radicalismo. En las obras más importantes de Marcuse, *Eros and Civilization* y *One-Dimensional Man*, se hacía todo lo posible para explicar por qué los beneficiarios de la sociedad próspera se sentían tan oprimidos y alienados. Para Marcuse y para la mayoría de los miembros de la nueva izquierda, “una confortable, suave, razonable y democrática falta de libertad prevalece[cía] en la civilización industrial avanzada...” Además, en una sociedad que había superado el problema de la escasez, “la independencia de pensamiento, la autonomía y el derecho a la oposición política” eran cosas del pasado.²⁵ El “gran rechazo” de Marcuse a someterse a la “opresión y a la dominación” legitimaba el abordaje contencioso del movimiento juvenil.

En 1964, los SDS intentaron pero sin éxito organizar a los pobres de los barrios bajos a través de sus proyectos de acción e investigación económica. En la universidad, el movimiento de libertad de expresión de Mario Savio revitalizó la sección de los SDS en la Universidad de California, Berkeley. La denuncia de Savio sobre la despersonalizada e indiferente burocracia universitaria recordaba la Declaración de Port Huron. En 1965, la escalada de la guerra de Vietnam radicalizó aún más a la nueva izquierda y le ofreció a Carl Oglesby, presidente de los SDS, la oportunidad de vincular el liberalismo corporativo con el imperialismo de los EE.UU. En 1966 y 1967, a medida que crecía el movimiento que se oponía al servicio militar, los estudiantes radicales no sólo denunciaron el imperialismo estadounidense sino que también se identificaban cada vez más con las guerrillas del Tercer Mundo y con los líderes marxistas. Así, Ho Chi Minh, Mao Tse Tung, Che Guevara y Fidel Castro se convirtieron en héroes para emular.

Para junio de 1968, Allen Matusow escribió: “al igual que la antigua izquierda que los precedió, la nueva izquierda se dividió en sectas marxistas que con frecuencia cultivaban más el odio entre ellas que hacia los enemigos capitalistas”.²⁶ En la convención de los SDS celebrada ese mismo año en East Lansing, Michigan, los estudiantes radicales se dividieron en dos bandos. De un lado estaban los SDS que seguían el análisis y las tácticas propias del marxismo del Tercer Mundo. Del otro, estaban los miembros marxistas-leninistas del partido obrero progresista, que creían que la clase obrera industrial estadounidense, no las guerrillas del Tercer Mundo, sería la encargada de derrocar el sistema capitalista. A pesar de la división, en 1968 los SDS todavía parecía “gozar de buena salud”. Sin embargo, un año después, la organización se debilitó cuando los SDS expulsaron

²⁵ Herbert Marcuse, *One-Dimensional Man: Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society*, Boston, Beacon Press, 1991/1964, pág. 1.

²⁶ Matusow, *op. cit.*, pág. 335.

al partido obrero progresista y al sector que apoyaba la alianza entre los obreros y los estudiantes. Tal como dijo el historiador Peter Levy: “En última instancia los SDS colapsaron en el proceso de debatir la postura correcta sobre la clase obrera”.²⁷

A comienzos de 1969, había indicios claros de que distintas facciones de la nueva izquierda y capítulos de los SDS estaban revisando seriamente su postura con respecto a la clase trabajadora estadounidense. En enero de 1969, John Spritzler, seguidor de la nueva izquierda, anunció triunfalmente que “los SDS Dartmouth [habían] estado forjando una alianza entre los trabajadores y los estudiantes y aprendiendo a aplicar estrategias que jugaran a favor de la clase obrera en los conflictos estudiantiles. La decisión de Dartmouth de formar una alianza con los trabajadores había surgido de una manifestación en contra de los Cuerpos de Entrenamiento de Oficiales de Reserva (ROTC, *Reserve Officers' Training Corps*). Inicialmente, la petición anti ROTC de Dartmouth establecía simplemente que la ROTC era “incompatible con una educación en artes liberales”. Los SDS de la universidad denunciaron que el documento era una demanda elitista que requería que otros pelearan la guerra en Vietnam: los jóvenes de la clase obrera.”²⁸

A pesar de la introducción de la estrategia “amigable para el trabajador”, el activismo del capítulo de los SDS en Dartmouth no se centraba aún en los problemas de los trabajadores estadounidenses sino en las conexiones entre el imperialismo de los EE.UU. en el sureste asiático y la consiguiente opresión de la revolución vietnamita. La tarea de los SDS era demostrarles a los trabajadores estadounidenses que el mismo poder que había sometido al pueblo de Vietnam podía ser utilizado para sofocar las huelgas en los EE.UU. El fin último de los SDS era, sin embargo, ganarse el apoyo de los trabajadores en su lucha contra el reclutamiento. Algunos miembros de la nueva izquierda argüían que la alianza entre los trabajadores y los estudiantes, en especial repartiendo panfletos y apoyando las huelgas locales, había incrementado el apoyo a los SDS dentro y fuera de la universidad.²⁹ En resumen, había disminuido el aislamiento del movimiento estudiantil.

La determinación de los SDS de crear una alianza entre trabajadores y estudiantes se hizo más presente en la primavera de 1969. Esta situación se reflejó en varios artículos que el *New Left Notes* publicó sobre el tema. Por ejemplo, los líderes de los Trabajadores de San Diego para una Sociedad Democrática (*San Diego Workers for a Democratic Society*) explicaron por qué ellos, los que habían abandonado la universidad, habían decidido dedicarse a trabajar en fábricas y pasar a formar parte de la clase obrera: “Nos dedicamos a organizar a los trabajadores porque ellos son el único sector de la población con el poder potencial para derrotar la clase dirigente de los EE.UU. Los estudiantes pueden fastidiar a los dirigentes; los trabajadores pueden apoderarse de los medios

²⁷ Peter B. Levy, *The New Left and Labor in the 1960's*, Urbana y Chicago, University of Illinois Press, 1994, pág. 121.

²⁸ John Spritzler, “Dartmouth builds student-worker alliance”, *New Left Notes*, 29 de enero de 1969, pág. 2.

²⁹ *Ibidem*.

de producción y paralizar el país”.³⁰ El objetivo final de los activistas era transformar los conflictos sindicales de los trabajadores en luchas por la revolución. Pero admitían que todavía no tenían muy en claro la estrategia a seguir. Sin embargo, era esencial que los trabajadores tomaran conciencia de los vínculos que existían entre la guerra de Vietnam, el racismo y los intereses de clase de los trabajadores en el ámbito internacional. Los organizadores de los Trabajadores de San Diego para una Sociedad Democrática aparentemente habían abandonado su creencia de que los estudiantes podrían liderar una revolución y ponían sus esperanzas en el potencial revolucionario de los obreros industriales.

Para 1969, entonces, los adeptos a la nueva izquierda, que cada vez eran más, habían recorrido un largo camino desde la evaluación pesimista de Marcuse sobre los obreros industriales como prósperos, pasivos y fáciles de manipular, hasta la visión “optimista” de los marxistas-leninistas de los trabajadores como el único grupo capaz de derrocar al sistema capitalista. En su análisis acerca de la vieja y la nueva izquierda, Paul Mattick Jr. realiza un interesante resumen de la metamorfosis de los SDS que se produce entre 1962 y 1969: “se movieron, en términos de lemas, de la protesta a la resistencia, del diálogo a la confrontación, de la presión organizadora de grupos a la creación de sedes, de la paz al antiimperialismo, de los derechos civiles a la liberación de los negros; tal vez de la democracia participativa al socialismo”.³¹

En enero de 1969, los líderes del Partido Obrero Progresista (PLP, *Progressive Labor Party*) distribuyeron panfletos promoviendo el trabajo en las fábricas entre los SDS. En el documento, los estudiantes radicales admitían que se habían quedado aislados por no haber reconocido a la porción más importante de la población: la clase trabajadora. El incremento en el número de huelgas, los SDS admitían, desacreditaba el mito de que los trabajadores eran apáticos.

“Los trabajadores están en movimiento”, concluían los SDS y proponían trabajar en fábricas durante el verano con el objetivo de derribar las barreras que existían entre los estudiantes y los trabajadores, hablar de cuestiones políticas con los obreros y cambiar la imagen del movimiento estudiantil que la prensa había presentado hasta entonces. El panfleto hacía hincapié en el hecho de que el empleo en una fábrica durante el verano era “una oportunidad para que los estudiantes aprendieran de los trabajadores (mi énfasis)”. Además, el documento advertía a los estudiantes que no trataran con condescendencia a los afiliados: “No hablen con los trabajadores como si ustedes lo supieran todo y ellos no. En primer lugar, eso no es cierto (es probable que sea todo lo contrario)”.³²

El programa propuesto por los SDS para el verano de 1969 indica que, mientras la mayoría de los estudiantes radicales veía la necesidad de forjar algún tipo de alianza entre los estudiantes y

³⁰ *San Diego Workers for a Democratic Society*, “Why Organize Workers?” 15 de enero de 1969.

³¹ Paul Mattick Jr., “The Old Left and the New Left”, *New Left Notes*, 15 de enero de 1969, pág. 7.

³² *S.D.S. Student Summer Work-In*, panfleto, Colecciones Especiales y Archivos, Biblioteca W.E.B. Du Bois, Universidad de Massachusetts, Amherst.

los trabajadores, muchos se mostraban reticentes a adoptar la posición sumamente doctrinaria del Partido Obrero Progresista y el grupo que apoyaba una posible alianza entre estudiantes y trabajadores. Estos marxistas-leninistas acérrimos sostenían que la clase trabajadora, con su propio esfuerzo, podía desarrollar conciencia sindicalista pero no conciencia revolucionaria; ésta solo podría llegar al movimiento obrero desde afuera a través de los intelectuales. Por otro lado, el panfleto de los SDS a favor del trabajo en una fábrica durante el verano, se basaba en la suposición de que los estudiantes se beneficiarían con la experiencia de los trabajadores en la lucha de clases. En el panfleto de los SDS afirmaba: “Un resultado importante de vuestro trabajo podría ser simplemente reconocer lo que los trabajadores tienen que enfrentar en su lucha contra los patrones, el gobierno y la traición de los líderes sindicalistas”.³³

Esta campaña de los estudiantes alarmó a las asociaciones comerciales, a los medios de comunicación y a los líderes sindicalistas. La comunidad empresaria temía que la infiltración de los SDS en las fábricas pudiera agitar a los trabajadores. Las asociaciones comerciales organizaban reuniones y enviaban miles de cartas a los ejecutivos para ponerlos al día acerca del plan de los SDS y para recomendarles procedimientos de investigación de antecedentes para mantener a los activistas fuera de la planilla de los empleados. La Asociación del Comercio y la Industria de Nueva York patrocinó un encuentro de empresarios para “planear la estrategia a seguir en contra de un proyecto de los Estudiantes para una Sociedad Democrática de forjar una alianza entre estudiantes y trabajadores”.³⁴ La Asociación de Fabricantes de Illinois publicó textualmente el plan de los estudiantes de trabajar en fábricas durante el verano y lo describió como “material para pensar seriamente”.³⁵ Se esperaba que una multitud de “agitadores” inundara las fábricas.

La revista *Time* denunció que los estudiantes radicales que, “se distanciaron de las instituciones más preciadas de la sociedad”, ahora estaban dejando de lado sus vacaciones de verano para crear una alianza revolucionaria entre estudiantes y trabajadores. En la revista *Time* se argüía que la actitud de los trabajadores oscilaba entre la indiferencia y la hostilidad; los obreros “no tenían paciencia con la jerga revolucionaria y poca afinidad con los estudiantes que eran comparativamente más privilegiados”. Una caricatura resumía lo que la revista consideraba que era la reacción de los trabajadores hacia el empleo en las fábricas por parte de los SDS. El dibujo mostraba un obrero industrial corpulento, vestido con mameluco y casco, que dejaba atrás a un pequeño perro ladrando que usaba lentes para sol y hacía flamear una bandera de los SDS.

De la misma manera, *The Wall Street Journal* consideraba que cualquier forma de alianza entre los estudiantes y los trabajadores era muy poco probable y para sostener este argumento se

³³ *Ibidem*.

³⁴ *New York Times*, 24 de julio de 1969, pág. 1.

³⁵ *Illinois Manufacturers' Association Bulletin*, 25 de marzo de 1969, Colecciones y Archivos Especiales, Biblioteca W.E.B. Du Bois, Universidad de Massachusetts, Amherst.

basaba en la creencia generalizada en el bienestar de los trabajadores estadounidenses. Alan Adelson, miembro de la redacción de ese periódico, sostenía que a juzgar por el “clima políticamente conservador” que reinaba en la clase trabajadora, el enfoque revolucionario de los estudiantes le parecería absurdo a la mayoría de los estadounidenses. Los trabajadores se habían unido a los estudiantes en Francia durante la “Revolución de Mayo” porque los trabajadores franceses cobraban salarios míseros. Sin embargo, en los EE.UU., la situación era muy diferente: la gran mayoría de los trabajadores habían sido integrados a la clase media, estaban “bien pagos y aislados del impacto de las recesiones”. Al pasar de la inseguridad económica a la seguridad económica, los trabajadores habían adoptado la “filosofía política que viene tradicionalmente de la mano de la seguridad”.³⁶

Las reacciones de los líderes sindicales frente al plan que los SDS tenían para el verano eran variadas. El periodista sindical Victor Riesel, un amigo cercano de George Meany, presidente de la AFL-CIO y defensor incondicional de la organización, alertó a los sindicatos sobre el programa de los SDS. En su columna llamada “*Inside Labor*”, Riesel argüía que los líderes sindicales se aseguraban que “trabajaran duro los rebeldes provocadores que apoyaban el empleo en las fábricas durante el verano”. Los sindicalistas, tales como Joe Beirne, presidente de Trabajadores de la Comunicación en América y Charles Lunas, jefe del Sindicato de Transportistas Unidos, tomaron medidas preventivas. Estos líderes sindicales, según Riesel, no permitirían que los talleres sindicalizados fuesen controlados por la nueva izquierda. Para los sindicalistas, el encuentro organizado por los SDS era mucho más que “un ensayo juvenil de una revolución en broma para soldados de verano”. Los estudiantes radicales estaban trabajando en “documentos aún más explosivos y violentos” para la futura convención nacional de los SDS.³⁷

Gus Tyler, presidente adjunto del Sindicato Internacional de Trabajadores de la Indumentaria Femenina (ILGWU, *International Garment Workers Union*) tuvo una actitud mucho más benevolente para con el intento de los estudiantes radicales de salvar la brecha entre la clase obrera estadounidense y la nueva izquierda. Al igual que muchos otros demócratas de la época, Tyler hacía un llamamiento a la colaboración entre los sindicatos, los *liberals* y los radicales, por consiguiente, el líder de la ILGWU celebró los comentarios del Comité de Nueva York de los SDS por las críticas que había hecho sobre la estrechez mental de los estudiantes. Este comité pugnaba por la creación de “un movimiento de estudiantes, trabajadores y desempleados... luchando conjuntamente por las necesidades de todos... Las campañas que ponen a los negros en contra de los blancos o a los estudiantes en contra de los trabajadores van por el camino equivocado. Están condenadas al fracaso”. Tyler celebró que el comité redescubriera a la clase trabajadora como agente clave del desarrollo histórico. De todas maneras, Tyler cuestionó el empleo en las fábricas

³⁶ Alan Adelson, “Unlikely Alliance”, *Wall Street Journal*, 16 de julio de 1969, pág. 1.

³⁷ Victor Riesel, “Unions Alert to SDS Plan”, NYACK, N.Y., 13 de junio de 1969, Colecciones y Archivos Especiales, Biblioteca W.E.B. Du Bois, Universidad de Massachusetts, Amherst.

durante el verano que proponían los SDS y que supuestamente iba a “sembrar la semilla de la revolución” entre los trabajadores.³⁸

Según Tyler, la “infiltración” de las SDS en las plantas manufactureras no era necesaria para que el sindicato se convierta en un agente de cambio social. Tyler sostenía que los líderes sindicalistas tenían la capacidad de ir más allá de los problemas económicos de sus miembros y de ser más sensibles hacia otros dilemas de la sociedad tales como la vivienda, la educación, los impuestos, los derechos civiles, la política exterior, las posibilidades de empleo pleno para todos y la pobreza. Tyler consideraba a los sindicatos como “redistribuidores de ingresos cien por ciento”. Sin embargo, para lograr una redistribución efectiva y para que la clase trabajadora sea constructiva en el ámbito político, los programas tenían que continuarse “conjuntamente con otros elementos progresistas de la sociedad: los negros, los jóvenes y los intelectuales”. Si estos elementos se ignoraban, los trabajadores que albergaban resentimiento hacia los ricos y hacia los políticos, los negros militantes, los estudiantes radicales, los *liberals* y los insensibles líderes sindicales podrían convertirse en una fuerza negativa dentro de la sociedad estadounidense.³⁹

El periodista sindical Riesel tenía razón cuando predijo que la convención nacional de los SDS sería más “explosiva y violenta” que los empleos en las fábricas que proponían para el verano de 1969. Cuando los SDS se reunieron el 18 de junio en Chicago, la pregunta central fue qué camino tomaría la organización radical más importante del país. Luego de acaloradas disputas acerca de la mejor estrategia política, los SDS se dividieron en varias facciones. Paul Mattick Jr. que contribuía con *New Left Notes*, explicó: “La nueva izquierda estadounidense... fue muy poco productiva en cuanto a su teoría y sus objetivos. ¿A qué clase de revolución apuntamos? ¿Cuáles son los estilos apropiados de organización para el trabajo que queremos realizar? ¿Cuáles son o deberían ser nuestras relaciones con los otros grupos que son en tendencia o potencialmente opuestos dentro de la sociedad como es el caso de los negros y los trabajadores?”⁴⁰ Para la convención nacional de 1969, los estudiantes radicales no habían respondido estas cuestiones de una manera concreta. En lugar de hallar las respuestas, los SDS se dividieron en tres grandes facciones y cada una de ellas se dedicó a organizar su actividad radical en una dirección diferente.

Durante la convención nacional, los SDS expulsaron al Partido Obrero Progresista, un supuesto cuadro de marxistas-leninistas que se habían estado infiltrando en la organización desde hacía más de un año. La Alianza Trabajadores-Estudiantes (WSA, *Worker-Student Alliance*), una facción que el PLP había incorporado a los SDS también había sido purgada. En su plan para los sindicatos, el PLP afirmaba que “dado que las consecuencias de las guerras de agresión sembradas por la clase dirigente de los EE.UU. en todo el mundo [recayeron] mucho más en los trabajadores aquí en casa, cualquier fuerza que se rebelara en contra de la política de esa clase dirigente [estaba]

³⁸ Gus Tyler, “The Working Class Rediscovered”, *The New Leader*, 31 de julio de 1969, págs. 11-12.

³⁹ Tyler, *op. cit.*, pág. 13.

⁴⁰ Paul Mattick Jr., “The Old Left and the New Left”, *New Left Notes*, 15 de enero de 1969, pág. 7.

luchando directamente por los intereses de clase de los trabajadores”. El PLP sostenía que los intereses de los trabajadores y los de los estudiantes se identificaban claramente. “Los jóvenes radicales hacían protestas en contra de la guerra de Vietnam, se oponían al servicio militar o participaban en los piquetes junto con los trabajadores, esta[ban] luchando en contra de la misma clase dirigente que dirigía mal a ambos grupos”. De ahí la importancia de una alianza entre los trabajadores y los estudiantes.⁴¹

A otras facciones de los SDS les molestaba que el PLP se presentase como la “vanguardia de la revolución proletaria”. Los SDS censuraban el desprecio del PLP por las mujeres, los negros y las expresiones de los estudiantes que formaban parte del movimiento revolucionario. Según sus opositores, el PLP abrazaba un marxismo vulgar que reducía el racismo y el machismo a una mera estratagema para separar y dividir la clase trabajadora. La WSA se equivocaba al sostener que sólo cuadros experimentados del PLP fueran capaces de “organizar” a la clase trabajadora. La decisión de los SDS de acabar con las políticas del PLP-WSA dentro de la organización se basó en gran medida en diferencias de principios fundamentales entre el PLP y los SDS. En primer lugar, los estudiantes más radicales apoyaban la lucha por la libertad que emprendieron los negros y las “colonias” latinas en los EE.UU. y hasta reconocieron los “derechos de las naciones” a la secesión. Por su lado, el PLP consideraba que estos movimientos revolucionarios eran racistas. En segundo lugar, los SDS de la corriente dominante apoyaban el movimiento de liberación nacional del pueblo de Vietnam así como otros movimientos similares que surgieron en otras partes del mundo para luchar en contra del imperialismo de los EE. UU. Sin embargo, para el PLP se debía condenar toda forma de nacionalismo por considerarla reaccionaria. Un virtual ultimátum del partido de las Panteras Negras y de los Boinas Marrones, una agrupación mejicano-estadounidense, llevó finalmente a la expulsión del PLP de los SDS.⁴²

En términos generales, los SDS que presionaron para que se llevara a cabo la purga del PLP acordaron la necesidad de crear un movimiento juvenil revolucionario (RYM, *Revolutionary Youth Movement*). Sin embargo, después de la convención nacional, esta numerosa facción se dividió en dos: los *Weathermen* y los RYM 2 (*Revolutionary Youth Movement 2*). Si bien estos dos grupos compartían algunos fundamentos ideológicos, discrepaban en cuestiones tales como la liberación de los negros, el nacionalismo, la clase obrera blanca y las tácticas de acción directa.⁴³

Los *Weathermen* afirmaban que “no eran estudiantes de medio tiempo sino revolucionarios de tiempo completo”. Esta facción creía que los radicales blancos debían vincularse con las guerrillas negras y los insurgentes tercermundistas en el terreno táctico e ideológico. Estos jóvenes

⁴¹ *Progressive Labor Trade Union Program*, junio de 1968, pág. 108, Colecciones y Archivos Especiales, Biblioteca W.E.B. Du Bois, Universidad de Massachusetts, Amherst.

⁴² “SDS”, reimpresso del *The Guardian*, en *News From Nowhere*, verano de 1969, pág. 8.

⁴³ *Ibidem*.

revolucionarios eran acusados de ser absolutamente indiferentes a la clase obrera blanca y de recurrir indiscriminadamente a la violencia. Los *Weahtermen* sostenían que la revolución en el Tercer Mundo junto con la revolución de los jóvenes blancos en casa conduciría al socialismo.⁴⁴ Muchos años después de la disolución de los *Weathermen*, Tom Hayden recordaba que “habían comenzado, de modo característico, como un grupo de gente idealista y benévola... [pero luego] se tornó en una cuestión de si uno era o no un hombre, lo cual se evaluaba según cuán escandalosamente subversivo uno podía llegar a ser”.⁴⁵

Mientras tanto, el RYM 2 consideraba que el proletariado era la fuerza principal de la revolución socialista: los negros, las mujeres y los estudiantes eran los agentes que, con sus luchas, concientizaban a la clase obrera blanca. Para los RYM 2, los afroamericanos constituían en sí mismos una nación, oprimidos por ser negros y explotados como trabajadores; por esta doble posición la liberación de los negros era una condición previa para cualquier tipo de revolución socialista en los EE.UU. Las mujeres contribuirían al desarrollo de la “unidad del proletariado” y de la revolución al liberarse de la supremacía masculina y los estudiantes serían el catalizador del cambio.⁴⁶

Las divisiones que operaron en la convención nacional de los SDS en Chicago y la posterior escisión en facciones enfrentadas hizo que la alianza trabajadores-estudiantes se convirtiese en una mera expresión de deseo. “El redescubrimiento de la clase trabajadora estadounidense” que hicieron los estudiantes radicales no pudo concretarse. Como afirmara Maurice Isserman, para los antiguos izquierdistas de la talla de Howe y Harrington, la nueva izquierda “a veces deber haberse parecido a una farsa surrealista de los peores excesos ideológicos de la vieja izquierda”.⁴⁷ Los SDS habían fracasado como la mayor organización radical de la nación; sin embargo, los miembros de la nueva izquierda continuaban debatiendo la cuestión sindical. Los jóvenes radicales, individualmente adoptarían distintas posturas con respecto a las luchas de la clase trabajadora que se sucederían en los años venideros, durante la presidencia de Nixon.

Si los sindicalistas reprobaban a los estudiantes radicales por abrigar sueños de revolución, de la misma manera estaban furiosos con la mala interpretación que la prensa dominante había hecho sobre la vida de los obreros industriales. *Steel Labor*, publicación de la Unión de Trabajadores Siderúrgicos de los EE. UU disentía con el informe de *Newsweek* y afirmaba que “el estadounidense preocupado” era en realidad “el “estadounidense explotado”. La sola existencia del “norteamericano medio” era un mito: la mayoría de las personas que trabajaban para vivir no formaban parte del “EE.UU. próspero”. El ingreso de la familia de un obrero industrial estaba por

⁴⁴ *Boston Sunday Globe*, 30 de noviembre de 1969, págs. 37, 47.

⁴⁵ Entrevista con Hayden, en James Miller, *Democracy is in the Streets*, pág. 311.

⁴⁶ “S.D.S.”, pág. 8.

⁴⁷ Isserman, *op. cit.*, pág. 122.

debajo del adecuado, aunque modesto, estándar de vida definido por el gobierno. El hecho de que los trabajadores estuviesen por encima de la línea de pobreza no significaba que necesariamente gozaran de un bienestar económico y social. El artículo del *Steel Labor* sostenía que además los trabajadores estaban “enojados por el hecho de ser explotados por los Wallace y los Agnew y por los Nixon que tenían presente los miedos y las ansiedades de los trabajadores pero que no ofrecían ningún programa positivo”. Los trabajadores blancos estaban cansados de que se los catalogara de prósperos y de racistas cuando en realidad ellos mismos eran víctimas de los prejuicios de clase.⁴⁸

De la misma manera, Frank Rosen, representante internacional de la UE, se quejaba amargamente acerca de cómo los medios distorsionaban la imagen de los trabajadores industriales. Rosen decía que como el ideal estadounidense era “un empleado viviendo en los suburbios”, el obrero industrial aparecía en las películas o en la televisión como “el tipo amable y gracioso” o como un individuo racista, ignorante y violento. “La gente que trabaja en una fábrica”, Rosen agregaba, “trabaja con calor, trabaja con frío, trabaja en la suciedad y se lastima. Todas estas son buenas razones para que el trabajo fabril no tenga el mayor estatus del mundo”. Las diferencias entre la clase media y la clase trabajadora no habían desaparecido para finales de 1960. Si los trabajadores de la UAW ocupaban los titulares del *New York Times* el día del trabajo, era porque “parecían” de clase media y no porque realmente lo fueran.⁴⁹

Bayard Rustin, presidente asociado del Instituto A. Phillip Randolph, se sumó a las críticas que los sindicalistas esgrimían en contra de los conservadores y de los radicales que consideraban a los trabajadores como miembros prósperos y aquiescentes de la “Norteamérica media”. Rustin creía que este retrato era un intento de describir a los EE.UU. como una sociedad “sin clases”. En 1971, Rustin expresó:

Los destacados conflictos de lealtades de raza y de etnia que dividen a la sociedad estadounidense ocultan, junto con nuestro sistema democrático, una realidad fundamental: somos una sociedad de clases y, a pesar de que no hablamos con mucha frecuencia acerca de tales cosas, estamos inmersos en una lucha de clases.

Dado el inquebrantable compromiso de Rustin con el movimiento sindical —y con “halcones” de la AFL-CIO como George Meany—muchos sostenían que no tenía contacto con la comunidad negra. Hacia fines de 1960 y comienzos de 1970, la defensa que Rustin hacía de los sindicatos como la fuerza más progresista de los EE. UU debe haber parecido exagerada; sin embargo no se equivocó al argüir que era injusto pintar al movimiento sindicalista como reaccionario. Decía: “muchos de los complejos ataques de la derecha sobre el sindicalismo están formulados a partir de la retórica de la

⁴⁸ *Steel Labor*, septiembre de 1970, pág. 9.

⁴⁹ *UE News*, 7 de abril de 1969, pág. 9.

izquierda”. Existía un cierto punto de encuentro entre la izquierda y la derecha en cuanto a la visión que tenían de los sindicatos como instituciones que estaban en contra de los negros y que defendían de manera muy egoísta los intereses de sus miembros.⁵⁰ Esto mismo opinaba Irving Howe, fundador de *Dissent*, el periódico de la vieja izquierda por excelencia, que resumió la actitud de los medios hacia los trabajadores de la siguiente manera: “Más vale que les presten atención a estos tipos, de lo contrario ellos pueden armar un gran lío y muchos hasta podrían optar por el racismo y por la reacción de George Wallace”. En lugar de representar un interés genuino por las cuestiones de los trabajadores industriales estadounidenses, esto era “una advertencia prudente de lo que sucedería si se los dejaba de lado”.⁵¹

A finales de la década de 1960 y principios de la de 1970, *Dissent* funcionaba como un foro para aquellos intelectuales de izquierda de la guardia vieja y para los sindicalistas que evaluaban la situación de EE.UU. desde una postura anticomunista pero socialdemócrata. Aún cuando los distintos colaboradores de la publicación discrepaban en sus respectivos análisis políticos, la mayoría concordaba en la importancia de la clase trabajadora estadounidense como un agente de cambio social y en la necesidad de recrear una coalición entre los *liberals* y el sindicalismo. Tal como lo describió Maurice Isserman: “*Dissent* se enorgullecía de estar libre de falsas ideas, de su capacidad para enfrentar lo que Howe luego denominó ‘la absoluta fatalidad de nuestro tiempo’”.⁵² Durante el gobierno de Nixon, *Dissent* abrió el debate acerca de la realidad que vivía la clase trabajadora estadounidense. Los responsables de esta publicación, tal como lo dijo Howe, intentaron desafiar la imagen de los trabajadores estadounidenses que eran vistos como “tontos con el cerebro lavado, irremediamente “superficiales”, criaturas que piensan solamente en comer, manipuladas por el *establishment* y los medios”.⁵³

En la edición de mayo/ junio de 1969 de *Dissent*, Brendan Sexton, director de actividades educativas de la UAW debatió sobre el estatus de “clase media” de los trabajadores. Sexton se dispuso a aclarar “la presunción de que los trabajadores [fuesen] “de clase media y [estuviesen] bien satisfechos”.⁵⁴ En 1966, Sexton afirmó que el ingreso medio de los trabajadores calificados –“los aristócratas del trabajo”- era de U\$S 6.981 anuales. En ese mismo año, el Ministerio de Trabajo de los EE.UU. había establecido que un ingreso de U\$S 9.191 serviría para proveer a una familia tipo de un “nivel de vida moderadamente bueno”. Sexton concluyó que de acuerdo con ese criterio, solamente una de cada tres familias estadounidenses vivían moderadamente bien. En segundo lugar,

⁵⁰ Bayard Rustin, “The Blacks and the Unions”, *Harpers’s Magazine*, mayo de 1971, pág. 81.

⁵¹ Irving Howe, *The World of the Blue-Collar Worker*, Nueva York, Quadrangle Books, A New York Times Company, 1972, pág. 6.

⁵² Maurice Isserman, *If I had a Hammer... The Death of the Old and the Birth of the New Left*, Nueva York, Basic Books, Inc., Publishers, 1987, págs. 76-77.

⁵³ Howe, *op. cit.*, pág. 5.

⁵⁴ Brendan Sexton, “Middle-Class Workers and the New Politics”, *Dissent* 16, n° 3, mayo-junio de 1969, pág. 231.

había miles de familias que aun juntando dos o incluso tres sueldos ganaban menos de U\$S 5.000 anuales. Los trabajadores jóvenes eran los más afectados ya que eran los que recibían los sueldos más bajos y probablemente eran los primeros en ser suspendidos. En tercer lugar, los hijos de la clase trabajadora estaban “excesivamente representados en la masa de los excluidos de la universidad”.⁵⁵ De esta manera debían cumplir con la conscripción ya que no gozaban del mismo privilegio de los estudiantes de clase media que tenían asegurada una prórroga de cuatro años para cumplir el servicio militar.

Según Sexton, el mito de la clase trabajadora próspera se sostenía ampliamente por dos razones. En primer lugar, muchos *liberals* y partidarios de la nueva izquierda pertenecientes a los círculos universitarios – y por lo tanto, totalmente alejados de la realidad diaria de los trabajadores – creían que el sindicalismo se había convertido en una cuestión de “clase media”. En segundo lugar, las historias de los logros conseguidos por los sindicatos habían hecho pensar a la mayoría de los estadounidenses que los trabajadores “también habían tenido éxito”. Sexton decía que los sindicatos estaban seguros de haber hecho avances importantes en cuanto a sueldos, condiciones de trabajo e incentivos. Pero todavía quedaba un camino largo por recorrer y los sindicatos tenían muchas limitaciones. Sexton señalaba que los *liberals* de clase media estaban indignados por las huelgas que alteraban al público en general. Por su parte, los miembros de la nueva izquierda parecían despreciar por igual a la clase trabajadora y a los líderes sindicales a quienes consideraban egoístas y atrasados.⁵⁶

Andrew Levinson, en su libro *The Working Class Majority* (1974), se hizo eco del pensamiento de Sexton. Levinson sostenía que hacia finales de la década de 1960, la clase trabajadora todavía constituía la mayoría de la sociedad estadounidense. Gracias a una admirable interpretación de los datos arrojados por el censo, Levinson probó que los EE.UU. no era una sociedad de clase media: a medida que se acercaba el fin de la década, más del sesenta por ciento de la población realizaba trabajos manuales. Levinson sostuvo que el trabajador estadounidense próspero “típico” constituía sólo entre el doce y el quince por ciento de la mano de obra de los trabajadores blancos y negros. El ochenta y cinco por ciento de los trabajadores no eran “típicos”: el trabajador promedio ganaba U\$S 9.500 en 1970, una cifra que lo colocaba más cerca de la pobreza que de la prosperidad.⁵⁷

Después de destruir el mito de la prosperidad de la clase trabajadora, Levinson se dedicó a debatir la cuestión de la apatía y conservadurismo de esta clase y señaló que durante la década de 1960 se hizo cada vez más evidente el descontento que reinaba en las bases por las condiciones de trabajo y de vida. A manera de conclusión, Levinson afirmaba que el hecho de que las huelgas se

⁵⁵ *Ibidem*, pág. 233.

⁵⁶ Sexton, *op. cit.*, pág. 238.

⁵⁷ Andrew Levinson, *The Working Class Majority*, Nueva York, Cowards, McCann & Georhegan, Inc., 1974, pág. 33.

incrementaran cada vez más “ponía en evidencia cuán superficial [era] ‘la cuestión social’ como una descripción de lo que sucedía con la clase trabajadora estadounidense”. A pesar de que la mayoría de los políticos creía que era algo irrelevante, “las cuestiones económicas y sociales eran lo que llevaba a miles de trabajadores a las protestas”.⁵⁸ Por ejemplo, la huelga de 1969-1970 en contra de General Electric no sólo reflejaba el descontento de las bases por las cuestiones económicas “tradicionales” sino también la decisión de los trabajadores de no aceptar contratos que no se hubiesen negociado y de hacer huelga por periodos más largos a pesar – o a causa de– la economía tambaleante.

Así, Levinson ofreció una dura réplica a la prensa y a las cadenas de televisión, que proyectaban imágenes de la clase media estadounidense en las que los obreros industriales eran temidos por su fanatismo o rechazados por su irrelevancia. Al igual que Levinson, los líderes sindicales y los estudiantes radicales hicieron un llamado a una nueva interpretación de la clase trabajadora. Los sindicalistas intentaron derrocar el mito de la prosperidad y de la petulancia de los sindicatos. La inflación y el ajuste de precios mostraban a las claras la inestabilidad del estatus de “clase media” de los trabajadores. Los estudiantes radicales admitieron que habían subestimado el papel que los trabajadores podían tener en el cambio de la sociedad estadounidense. La militancia de las bases --los miembros de la nueva izquierda ahora argumentaban-- podría canalizarse hacia una transformación radical de las relaciones entre el capital y el trabajo en el punto de la producción. Mientras los sindicatos consideraban que la negociación colectiva era “el camino más seguro hacia un mañana mejor”,⁵⁹ los SDS la veían como el sistema equivocado. La negociación colectiva protegía realmente los intereses de los trabajadores. Sin embargo, los estudiantes radicales argüían que también les concedía a las compañías el derecho de hacer grandes negocios pagando sueldos míseros a los trabajadores que no compartían la tan promocionada prosperidad estadounidense.

Era poco probable que los trabajadores se viesen a sí mismos como agentes de transformación o como víctimas de la explotación. Los intelectuales de izquierda debían dejar de lado sus ideas abstractas sobre el liderazgo sindical y las bases y observar con mayor detenimiento la vida de los trabajadores y la forma de operar de los sindicatos. Los líderes sindicales, por su lado, tenían que probar que todavía podían obtener ventajas tangibles para los miembros de los sindicatos pero que también eran capaces de ir más allá del pragmatismo. En 1969, *Fortune* se refirió al sindicalismo como “enfadado, agresivo y codicioso”, y predijo que “el año venidero” sería “una época de batallas épicas entre los empresarios y los sindicatos”.⁶⁰ Esta sería una gran oportunidad para los intelectuales y para los líderes sindicalistas de demostrar lo que podían hacer por los trabajadores estadounidenses.

⁵⁸ *Ibidem*, pág. 229.

⁵⁹ *AFL-CIO News*, 23 de mayo de 1970, pág. 24.

⁶⁰ Richard Armstrong, “Labor 1970: Angry, Aggressive, Acquisitive”, *Fortune*, octubre de 1969, pág. 95.